

La «partición de las mujeres» en las relaciones extraconyugales duraderas

The split of women in long-term extramarital affairs

Marie-Carmen Garcia
Université Paul Sabatier-Toulouse III

Traducción de Ezequiel Martínez Llorente

RESUMEN

Los trabajos sociológicos se han interesado poco hasta el momento en la extraconyugalidad entendida como una esfera social en sí misma. Ahora bien, las relaciones sentimentales clandestinas duraderas, es decir, las que se extienden durante muchos años con una intensidad notable en la frecuentación de los miembros de la pareja, constituyen un terreno de investigación privilegiado para el análisis de las diferentes formas de elaboración del género dentro de las relaciones heterosexuales. Este artículo se interesa en las representaciones de la feminidad entre los hombres y las mujeres que experimentan una relación amorosa «adúltera». Sigue la hipótesis de que las configuraciones estudiadas están determinadas por la «escisión de las mujeres» que se ha establecido desde hace siglos en nuestras sociedades patriarcales, según una dicotomía de las figuras femeninas creada a partir de su relación con la sexualidad. Se trata de la diferenciación simbólica entre la «mamá» y la «puta». El artículo aborda las maneras en las que las figuras negativas y positivas de la feminidad derivadas de este modelo arcaico pero persistente moldean a las «parejas clandestinas». Los análisis se fundan en una investigación sobre las relaciones amorosas ocultas longevas de individuos de más de 35 años de extracciones sociales medias o altas. Los materiales se extraen de un estudio cualitativo de cuatro años que ha reunido 30 historias de vida, 300 textos de testimonios procedentes de seis blogs de

individuos vinculados con la «doble vida» y más de 500 correos electrónicos intercambiados con personas que han participado en esos blogs.

PALABRAS CLAVE: género, extraconyugalidad, representaciones sociales, masculinidad, feminidad

ABSTRACT

The sociological works were not very interested in extraconjugality as an entire social sphere. However, the sentimental, clandestine, and sustainable connections, those who last many years with a huge intensity of the partner frequentation, constitute an investigation field for the analyse of « preparation modalities » of the genre in heterosexual relations. This article deals with the representation of feminity in women and men who are experiencing an adulterous affair/relation. The article goes with the hypothesis that the configurations that are studied are linked by the women's cleavage, built for many centuries in our patriarchal societies on a dichotomy of the woman figure, according to their relationship/report to sexuality. It is the symbolic differentiation between the « mom » and the « whore ». The article is interested in how positive and negative figure of feminity, from this archaic and persistent model, existing in the clandestines couples. Analysis are based on an important research about clandestines relations which last for many years, of people who are at least 35 years old, and from intermediate and superior social class. The work is based on a qualitative study, that lasted 4 years, including 30 life stories, 300 testimonies from 6 blogs of people who are concerned by a double-life, and more than 500 e-mails with those people.

KEYWORDS: gender, extraconjugality, social representations, masculinity, feminity

INTRODUCCIÓN

Los análisis sociológicos de la infidelidad conyugal se inscriben prioritariamente en la senda abierta por la tesis de Peter Berger y Hansfried Kellener (Berger; Kellner 2007). Según estos autores, el matrimonio es un «instrumento nómico poderoso» (Berger; Kellner 2007: 59), en cuyo interior se elaboran las identidades íntimas de los individuos. Así pues, atendiendo a lo que dicen François de Singly y Florence Vatin, la extraconyugalidad respondería a las disonancias existentes

entre una identidad estatutaria originada en la pareja oficial y una identidad íntima que se expresaría en la pareja adúltera (Singly; Vatin 2000). Los individuos que cuentan con una vida amorosa secreta erigirían un «mundo para ellos», que les permitiría desgajarse, parcialmente, de las convenciones sociales o encontrar satisfacciones personales fuera de su pareja (Le Van 2010).

Tomando nota de estos análisis, este artículo propone arrojar luz sobre la «infidelidad conyugal»¹ bajo el prisma de la cuestión del género (sistema de jerarquización y de producción de sexos así como de las relaciones entre ellos) en Francia. Tras un capítulo preliminar en el que se explicita la problemática y el método de investigación, el análisis se estructura según dos ejes. El primero pone sobre la mesa la división simbólica de las mujeres según la virtud que se les supone en las representaciones de los individuos implicados (hombres y mujeres). El segundo muestra los modos de apropiación y de resistencia de las mujeres afectadas.

LA EXTRACONYUGALIDAD DURADERA: UN HECHO SOCIAL

APROXIMACIÓN SOCIOLOGICA A LA INFIDELIDAD

Las parejas múltiples, dentro de las cuales se ubica la infidelidad conyugal, no son una rareza. La encuesta cuantitativa dirigida por Nathalie Bajos y Michel Bozon (12.354 personas entrevistadas en 2006) (Bajos; Bozon 2008: 223-224) muestra de hecho que el 34 % de los hombres y el 24 % de las mujeres en Francia declaran haber protagonizado al menos un periodo de relaciones paralelas. Estas proporciones aumentan considerablemente si se tiene en cuenta el número de parejas a lo largo de la toda la vida. La situación de no exclusividad sexual (incluso si no remite siempre a la infidelidad conyugal: el intercambio o las parejas múltiples consentidas en el seno de una pareja constituyen también situaciones de no exclusividad sexual), aun cuando solo abarque una franja temporal corta, es por lo tanto bastante común. Por otro lado, podemos considerar que existe un mercado sexual o amoroso extraconyugal para los individuos que han sobrepasado los 25 años, en la medida en que, a partir de esa edad, para las personas «libres», «la gran mayoría de parejas potenciales no son solteras o están comprometidas en relaciones estables» (Beltzer; Bozon 2006).

¹ Si bien los términos «infidelidad», «adúltero» o «amante» están cargados de una connotación social, en este análisis su acepción es neutra. Además, en aras de la fluidez de la lectura, se prescinde de añadir las comillas que suelen acompañar a estos términos.

Pero, ¿de qué hablamos cuando nos inquirimos sobre la extraconyugalidad o la infidelidad? Para empezar, me gustaría subrayar que aquí el término «extraconyugal» no se refiere solamente a la circunstancia de personas casadas sino también a la de aquellas en concubinato (una cohabitación de varios años). Un recorrido por el derecho francés nos muestra la existencia de una jurisprudencia sobre el concubinato que demanda a los miembros de la pareja una serie de obligaciones similares (sean pareja de hecho o no) a las de las personas casadas: «El estudio detallado de la muy abundante jurisprudencia sobre el concubinato, aunque no se trate de parejas de hecho, evidencia que en el caso del concubinato se repiten puntos como el mantenimiento de la vivienda, una cierta obligación de protección, una cierta lealtad... La única diferencia, más allá del alcance que sigue siendo diferente, se limita a la fuente: las obligaciones son legales y previsibles en el matrimonio; permanecen en la jurisprudencia e imprevisibles en el concubinato, al menos fuera de las parejas de hecho». (Hauser 2005: 26). Evidentemente, la fidelidad impuesta no existe en el concubinato; a propósito de esto, la noción jurídica «de adulterio» es —¿hace falta repetirlo?— propiedad de la institución marital. Sin embargo, los acercamientos socio-jurídicos entre el concubinato y el matrimonio, emprendidos desde el final de la Primera Guerra Mundial², justifican la toma en consideración de los dos tipos de unión en esta investigación. Además, el matrimonio ya ha dejado de ser el acta fundacional de la familia, perdiendo así una parte importante de su fuerza simbólica: la institución matrimonial deja de ser interiorizada como una norma legítima y termina «derivando en una simple formalidad a la que recurre la pareja por comodidad social» (Roussel 1980: 1029).

En relación con lo anterior, incluso dentro del marco del matrimonio, el término «adúltero» no es unívoco. A pesar de que podríamos pensar que solo concierne a la derogación de la norma de la exclusividad sexual, parece que la fidelidad conyugal se corresponde con otra cosa puesto que, como demuestra la socióloga Véronika Nagul, basándose en los elementos de respuesta en la formulación de la demanda por adulterio en veintiséis dossiers de «divorcio culposo», «el vínculo entre el esposo y su amante, o entre la esposa y su amante, se compone de una alianza entre la intimidad física y el sentimiento amoroso» (Naguy 2005: 77). La vulneración de la exclusividad sexual no cubre pues totalmente la noción de «infidelidad conyugal». La «infidelidad» sobrepasa de hecho el vínculo sexual y compromete dimensiones afectivas.

² En los años siguientes a la Primera Guerra Mundial, el Estado acordó ayudas para las concubinas de soldados en el frente con el mismo rango que las destinadas a las esposas (Cossart, 2004).

Las configuraciones estudiadas aquí se ligan pues al desarrollo de una relación afectiva duradera e intensa que incluye vínculos sexuales (relaciones físicas entre los miembros de la pareja inspiradas por el erotismo y conducentes en potencia al orgasmo) con una pareja del otro sexo no oficial, y de espaldas a la pareja oficial, en el marco de las uniones heterosexuales afianzadas y fundadas sobre la exigencia de exclusividad amorosa y sexual³. El afecto sobre el que se inquiera esta investigación es por tanto aquel que denominamos «amor». El amor resiste objetivaciones y no conoce una definición transhistórica. Es, como toda noción social, definido y redefinido, y está sujeto a controversias y debates. Reconociendo esto, una representación dominante de este sentimiento se ha consolidado en las sociedades occidentales desde el siglo XVIII al asociarlo progresivamente con los términos «pareja» y «compromiso».

En efecto, mientras que la separación entre el amor dentro del matrimonio y el amor fuera del matrimonio constituyó hasta el siglo XVII uno de los nudos estratégicos de la regulación de los comportamientos sexuales occidentales (Flandrin 1982), en el transcurso del siglo XVIII un ideal de matrimonio que destacaba una relación dual y autosuficiente entre los miembros asociada a una regulación del erotismo fue definiéndose progresivamente como el ideal de unión marital. Se compadecía con una definición legítima del amor en la que el sexo se concibe como una consecuencia del sentimiento y su simbolización. Si el deseo puede prevalecer en una primera etapa de la relación, en nuestra sociedad resulta casi del todo impensable que pueda constituir el motor a largo plazo.

Nuestro modelo amoroso dominante conduce pues a dar una imagen de los «amores clandestinos» como *forzosamente* superficiales porque *forzosamente* han de ser todos sexuales. En efecto, en las representaciones normativas del «amor verdadero» (Rougemont 1972), los hombres y las mujeres no se vinculan solo por el deseo, y la pasión debe dejar paso a la razón en beneficio de valores entendidos como «superiores» a los deseos eróticos: la familia, los proyectos conjuntos, el sostenimiento mutuo. Resulta necesario comentar que, desde un punto de vista sociológico, no puede negarse que los individuos que dicen amar a una persona «imposible» sientan de verdad ese afecto (en el sentido de que el sentimiento es real para ellos), ni tampoco que los individuos que piensan que es imposible conformar una pareja con la persona que aman, no la amen verdaderamente. Los individuos no acatan unánimemente y de una manera unívoca las normas

³ Deliberadamente centro la investigación en las uniones heterosexuales porque considerar las uniones homosexuales exigiría un trabajo en toda regla sobre las construcciones de la norma de exclusividad en estas parejas.

amorosas dominantes. Estas últimas pueden asumirse diferentemente según las particularidades sociales individuales; según si se trata de una unión oficial, oculta o considerada como «concertada» (en los matrimonios «concertados» se concibe el sentimiento amoroso como algo «por construir» por los cónyuges y no como un punto de partida de la unión). Por ello, con objeto de llevar a buen término la exploración de las relaciones clandestinas, me decanto por tomar en serio las declaraciones de amor de los «infieles» hacia sus parejas secretas. No he sondeado sus corazones, ni he buscado poner en correlación sus actos con las representaciones normativas del amor. Se trata de tener en cuenta que si los individuos definen sus situaciones como reales, son reales también en sus consecuencias (Thomas; Swain Thomas 1928).

SONDEAR EL CORAZÓN DEL SECRETO

Indagar en las entrañas de la vida de las personas no resulta sencillo. Se tropieza con las fronteras sociales, simbólicas y psíquicas que separan la «vida pública» de la «vida privada», y aún más de la «vida íntima». La historia de estas fronteras se confunde con el proceso de individualización que desde el fin de la Edad Media hasta el siglo XIX configuró progresivamente un individuo occidental que ya no se define por sus pertenencias comunitarias, afectivas o feudales, sino por su estatus y sus roles sociales en el espacio público, y por un «yo íntimo» en el espacio privado (Ariés, Duby 1986). Dicho esto, lo que se entiende por público y por privado cambia según los diferentes medios sociales y culturales (Hall 1971), y el mismo derecho francés sufre para definir la «vida íntima» sin caer en la tautología: «Es privado lo que no es público» (Rigaux 1990). Con una pizca más de precisión, la doctrina define habitualmente la vida privada como la esfera íntima de los individuos⁴.

Desde el punto de vista filosófico, André Lalande considera que la vida privada remite a lo que está «oculto» u «hondo» en el individuo (Lalande 2002). El jurista Alan F. Westin explica que, para él, la vida privada es «el privilegio de los individuos o los grupos [...] de determinar por sí mismos cuándo, cómo y hasta en qué medida será comunicada a los demás una información que les concierne» (Westin 1967: 3). Estos enfoques llevan a la economista Stéphanie Arnaud a

⁴ «Cada uno tiene derecho al respeto de su vida privada. Los jueces pueden, sin perjuicio de la reparación del daño sufrido, prescribir todas las medidas, tales como el secuestro, la incautación y otros, destinadas a impedir o a concluir el atentado a la intimidad de la vida privada: estas medidas pueden, si existe la urgencia, ordenarse en recurso de urgencia.» Artículo 9 del Código Civil.

definir la «vida privada» con las lógicas de la autodeterminación y del dominio informativo de los datos personales (Arnaud 2007). Estos puntos de vista convergen en la idea de que lo privado y lo íntimo es aquello que los individuos juzgan que debe estar al abrigo de la mirada de los otros.

Los amores clandestinos se corresponden sin duda con la noción de una intimidad guardada celosamente, de un espacio secreto en el interior mismo de la vida privada constituida por la pareja y la familia. Se trata de relaciones por definición secretas, lo que implica una dificultad para hallar a personas dispuestas a ofrecer sus testimonios. Charlotte Le Van lo había señalado ya al afirmar, respecto a su investigación sobre la infidelidad, que no había sido «en absoluto descansada» (Le Van 2010: 41). Nathalie Beltzer y Michel Bozon indicaron igualmente, en su análisis de la vida sexual tras la ruptura conyugal, que la tarea de registrar las relaciones extraconyugales se complica en gran medida a causa de su clandestinidad (Beltzer, Bozon 2006: 538).

Por todo esto, quien investiga no puede hurgar en los «jardines secretos» sin mostrar su propia capacidad para guardar un secreto, para usar prudentemente las informaciones aportadas, para aceptar sin prejuicios —y sin una curiosidad mal enfocada— ver y comprender un aspecto oculto de la vida de las personas. En concreto, en esta investigación eso ha significado largos procesos de acercamiento (durante varios meses, a veces incluso durante más de un año), afianzando la relación de confianza con las personas antes y después de las entrevistas. Contacté a mis entrevistados por medio de mis redes personales y por Internet (siguiendo foros o blogs...).

He realizado igualmente un análisis de blogs en Internet para enriquecer mi material. He trabajado con un corpus de textos elaborado a partir de doce blogs durante dos años: seis blogs de mujeres amantes, solteras, de hombres casados; cuatro blogs de mujeres casadas que habían mantenido una relación amorosa clandestina duradera con un hombre casado; y dos blogs de hombres con una relación adúltera duradera (alrededor de 300 entradas en cada caso). Una parte de los análisis proviene pues de una inmersión en el «mundo virtual» de los amores clandestinos que me ha permitido aprender normas, códigos y modos de ver, hacer y decir (o no decir), y de ser, implícitos y compartidos por decenas de personas que no han tenido contacto en ningún momento. Los amores clandestinos se revelan por lo tanto como unos hechos sociales plenos en los que la singularidad de cada cual no escapa a «una cultura común» que no es otra que la procedente de las formas de socialización sobre la sexualidad, el amor, las relaciones entre los sexos y la pareja. También se ha efectuado un análisis

minucioso de los testimonios publicados en el sitio *Marié mais disponible*⁵, que se define como un lugar de expresión para las «amantes en apuros». Se ha estudiado un año entero de historias y de comentarios aparecidos en este sitio mediante un análisis temático con varias entradas. Las observaciones apuntadas en estos blogs y en esta página de manera anónima (en todo caso, porque no he conocido a las autoras) pueden asemejarse a las de las novelas, las ficciones o las obras de teatro⁶, y constituyen a este respecto un material muy rico. No son explícitamente el objetivo central del artículo, pero constituyen un telón de fondo importante⁷.

Los entrevistados contaban con edades que iban de los 33 a los 90 años. Algunas mujeres eran solteras (las he entrevistado porque he formulado preguntas a sus amantes casados), los hombres eran todos ellos casados. Las personas interrogadas pertenecían a clases sociales medias o altas. La ausencia de disparidades socioeconómicas importantes en el seno de la población no significa obligatoriamente que la extraconyugalidad duradera sea exclusiva de estas categorías sociales. Se trata sobre todo de una consecuencia de la delimitación del campo estudiado. Para las redes de sociabilidad, he accedido prioritariamente a los estratos sociales próximos al mío. Para los foros y blogs de Internet, me he dirigido a individuos que no solamente están familiarizados con los modos de comunicación virtuales sino que son dueños de una «escritura de sí mismos» pulcra y ordenada. La disposición a «contarse» mediante la escritura está desigualmente repartida en el mundo social, en proporción directa con el capital cultural y escolar. Los relatos directos se obtuvieron cumpliendo con las indicaciones ya conocidas y ampliamente explicadas para este método de la sociología. Los límites del análisis autobiográfico se corresponden con los

⁵ Esta página fue cancelada por su responsable en enero de 2016 tras cuatro años de existencia.

⁶ Resaltamos que François de Singly ha elaborado una teoría de la identidad individual dentro de la pareja en su obra *Le soi, le couple et la famille* (París, Nathan, 1996), a partir de un material constituido exclusivamente por novelas y películas. Una prospección así no puede equipararse en propiedad a la de un trabajo de campo, pero permite extraer discursos sociales tipificados.

⁷ Los discursos que se mantienen en el anonimato o bajo un seudónimo, sin confirmación de la identidad, no pueden agruparse bajo el mismo epígrafe que las entrevistas o los textos producidos por individuos que hemos conocido (blogueros de ambos sexos).

señalados por numerosos sociólogos (Bourdieu 1986), con un seguimiento de las reglas de confidencialidad especialmente riguroso.

El amor resiste objetivaciones, como ya he dicho. Además, para llevar a buen término la exploración de estos jardines secretos, me decanto por tomar en serio las declaraciones de amor de los infieles hacia su pareja oculta. No he sondeado sus corazones, ni he puesto en correlación sus actos con las representaciones normativas del amor que, ya se ha dicho, se confunden con aquellas de la conyugalidad. Se trata de tener en cuenta el hecho de que si los individuos definen sus situaciones como reales, son reales también en sus consecuencias⁸. En otras palabras, si las personas creen amar a sus parejas clandestinas, eso provoca unos efectos sociales reales. Los análisis presentados aquí se basan en el conjunto de esos materiales (García 2016).

LAS AMANTES Y LAS ESPOSAS BAJO EL PRISMA DEL SISTEMA DE GÉNERO

LA DISPONIBILIDAD SEXUAL DE LAS MUJERES EN EL CENTRO DE LAS JUSTIFICACIONES MASCULINAS DE LA «DOBLE VIDA»

«Provengo de una familia modesta. Mi padre era camionero y mi madre secretaria, pero no había ido mucho al colegio. En la época, no hacía falta tener muchos estudios para conseguir ese trabajo. Pero yo sí que entré en una escuela de ingenieros, y creo que fui el primero con estudios en la familia. ¡Todo un acontecimiento! Nadie, entre los conocidos de mis padres, tenía hijos que hubieran ido a la universidad o a una escuela superior. Para mí, obtener el título de ingeniero supuso un orgullo, compartido por toda la familia. Mis padres están juntos siempre. El último año festejaron el aniversario de su matrimonio. No creo que el suyo fuera un amor loco [sonrisa], pero tampoco han ido cada uno por su lado. Cada uno tenía su rol, y eso ha valido toda su vida. Como muchas parejas que siguen juntas, les gusta decir que han pasado por periodos difíciles pero que, al final, los han superado.» (Charles, 57 años, director ejecutivo, dos matrimonios, dos hijos con su primera mujer, verano de 2014).

Casado durante veinte años con su primera novia, a la que conoció con 17 años, Charles tuvo su primer hijo a los 21 y el segundo a los 23. Alcanzó el puesto de director ejecutivo de una gran empresa antes de cumplir los 30. Explicaba que

⁸ William Isaac Thomas, Dorothy Swain Thomas, *The Child in America: Behavior Problems and Programs*, Nueva York, Alfred a. Knopf, 1928.

durante muchos años su único objetivo en la vida fue ocuparse de su familia y trabajar. Se definía como un «tipo muy responsable», y creía que se abandonó un poco al convertirse en padre de familia y director muy joven. Pero, una vez su vida profesional y su situación financiera se volvieron acomodadas, comenzó a cuestionarse su vida íntima, puesto que no había conocido a otra mujer excepto a su esposa, y al juzgar insatisfactoria su vida sexual, tuvo ganas de «ver otra cosa».

Tras largas vacilaciones, este hombre educado en el respeto al matrimonio y a la familia, católico practicante, tuvo, a los 38 años, una aventura con una compañera de trabajo al mismo tiempo que se registraba en una página de contactos. Al principio, quería «ver cómo funcionaba eso». Pero rápidamente comenzó a tener citas con mujeres solteras. Al cabo de algunas semanas frecuentando la página, Charles contaba con tres amantes regulares. Seis meses después de haber comenzado a engañar a su esposa, decidió divorciarse: se había dado cuenta, en su opinión, de que no quería terminar sus días con ella y, considerando que sus hijos ya eran mayores (14 y 16 años), abandonó el domicilio familiar.

El periodo de separación se reveló más doloroso y difícil de que lo que nuestro entrevistado había imaginado. Le pesaba la soledad y las relaciones fugaces no satisfacían su necesidad de compañía el suficiente tiempo. Entonces comenzó una relación estable con una de sus antiguas amantes, Agnès. No estaba más enamorado de ella que de las otras, pero el estatus social de esa mujer, su alto nivel de instrucción y su gusto por el deporte y la cultura aparecieron a ojos de Charles como garantías de éxito conyugal.

Unos cuantos meses después de haberse establecido con su nueva compañera, Charles sin embargo volvió a sentirse sexualmente insatisfecho. Pero, tras haber pasado por un divorcio doloroso, y deseando una vida conyugal y familiar estables, decidió no abandonar a Agnès y buscar una amante para cubrir las insuficiencias que apreciaba en su relación. Volvió a contactar con una de sus antiguas amantes, Marta, con la cual pensaba que tenía una buena complicidad sexual y que estaba soltera.

«La fase del divorcio fue complicada, y al final me di cuenta de que necesitaba el marco de una vida normal. Bien, la elegí a ella, a Agnès. Fue casi una elección por defecto. Me quedé con la menos mala. Lamento decir las cosas así. No era con la que tenía una mejor sintonía en lo sexual, sino la que me proporcionaba un mejor entorno social. La mejor posicionada, con un entorno familiar y social cultivado, y además era deportista, como yo.

Puede decirse que me incliné por el lado de la seguridad. Luego, al cabo de cuatro o cinco meses, la cuestión sexual comenzó a pesarme. Había pasado de estar con tres mujeres a estar con solo una, y además una con la que tampoco disfrutaba mucho. Debido a eso, retomé el contacto con Marta, con la que me entendía muy bien sexualmente. Era soltera, así que lo más práctico era ir a su casa. Con ella estuve tres años y medio durante la primera etapa. Todo era superfácil: nos veíamos regularmente, de una a tres veces por semana, y por el otro lado conservaba una estabilidad personal. Así pues, satisfacía el lado social teniendo en una parte una relación sólida y normal, y para lo sexual me iba al otro lado» (Charles, verano de 2014).

Durante un poco más de tres años, Charles separó su vida social y conyugal de su vida sexual y amorosa. De hecho, afirmaba que no estaba enamorado permanentemente de ninguna de las dos mujeres, aunque explicaba que a cambio experimentaba durante ciertos periodos de tiempo «sentimientos fuertes» hacia Marta. También comentaba que eso tenía repercusiones positivas en su pareja puesto que, desde su perspectiva, las dos relaciones eran simbióticas: cuando tenía problemas con su amante, los tenía también con su compañera, y, a la inversa, cuando vivía periodos idílicos con Marta, también era muy feliz junto a Agnès. De acuerdo con él, la «relación secundaria» tenía un impacto directo en la «relación primaria». En muchas ocasiones, los amantes rompían porque Marta, enamorada de Charles, llevaba mal su condición de amante y la ausencia de planes para oficializar su relación. Durante esas rupturas, que los amantes denominaban sus «cuarentenas», Charles visitaba una página de contactos y se encontraba con otras mujeres hasta que la relación con Marta volvía a empezar. No obstante, vivía estas rupturas con dolor, experimentando el vacío dejado por la ausencia de Marta. Algunas veces, las aventuras emprendidas por Charles en los periodos de separación se prolongaban durante un tiempo después de haber retomado la relación con Marta.

La relación con Marta se desarrollaba así: se veían en casa de ella durante unas cuantas horas o durante una noche, de una a tres veces por semana; realizaban pequeños viajes juntos y compartían muchas de sus dichas y de sus penas. Marta a menudo le transmitía a Charles el dolor que sentía ante la imposibilidad de «pasar a otra cosa» con él, algo a lo que él replicaba invariablemente diciendo que, si ella quería una vida amorosa oficial —lo que le recomendaba—, tendría que cambiar de pareja, puesto que él había dejado las cosas claras desde el comienzo: no estaba dispuesto a abandonar a su compañera.

«Lo más difícil en una infidelidad es la desigualdad: una persona con otra pareja se une a una persona que está sola. El lado social, cultural, lo tenía bien cubierto [junto a su compañera]. El lado familiar también, pero no el sexual. Con el paso del tiempo, lo que sucedió fue que la relación con esa persona se volvió más y más cargante, porque ella no dejaba de insistir para que dejara a mi cónyuge, lo cual nunca había estado sobre la mesa. Así pues, me volví a apuntar a una página de contactos para encontrar a alguna mujer casada. La encontré, pero al cabo de ocho meses, esta persona dejó a su esposo. Era una mujer a la que su marido no quería ni apreciaba, y cuando comenzamos a salir juntos, eso explotó. El amor que ella no había vivido jamás, la sexualidad que nunca había conocido... eso resultó demasiado para ella. Abandonó a su pareja. De nuevo me encontraba con una pareja soltera» (Charles, verano de 2014).

En la primavera de 2013, Agnès recibió una carta anónima donde se le explicaba que su compañero se había acostado con su secretaria. En efecto, Charles había tenido una relación sexual con ella, hacía algún tiempo. Él nunca supo quién había enviado la carta que denunciaba su infidelidad, e interrogado por Agnès, confesó su affaire en la oficina pero no su relación con Marta. Agnès se mostró profundamente dolida por la noticia, incapaz de comprender lo sucedido. Le dijo a Charles que ella juzgaba su vida conyugal perfecta. Charles le explicó que ella detentaba el poder sobre su sexualidad: cuando ella tenía ganas, se acostaban; en otro caso, no. Él le dijo que después de su divorcio había decidido que su sexualidad nunca le pertenecería a otra persona que no fuera él.

«Pienso que hay muchas mujeres que juegan con la sexualidad de su cónyuge. Si les apetece, quieren, y si no les apetece, el marido está obligado a renunciar a la sexualidad. Cuando me di cuenta de eso, me dije que nunca le entregaría mi sexualidad a nadie. Es algo personal. Solo me pertenece a mí.» (Charles, verano de 2014)

Tras largas discusiones, Agnès le propuso a Charles aumentar la frecuencia de sus relaciones sexuales, implicándose más en su sexualidad, y, en contrapartida, ella le demandó poner fin a sus infidelidades. Charles le prometió a Agnès no volver a engañarla. Durante varias semanas, su vida sexual ganó en intensidad y los dos disfrutaron de esta renovación en la pareja. Sin embargo, Charles cedió de nuevo

a las insinuaciones de su secretaria. Se «acostó» con ella, y Agnès lo descubrió. La desilusión y el sentimiento de traición de esta fueron inmensos. La crisis conyugal alcanzó una gravedad sin precedentes y desembocó en la separación de Agnès y Charles. Este abandonó el domicilio común.

Charles me decía, varios meses después de la ruptura, que no sabía por qué había traicionado su palabra, aunque su sexualidad con Agnès nunca había sido lo suficientemente satisfactoria. Creía que en el fondo él deseaba poner fin a la relación, que estaba harto de la vida que llevaba y que no había hecho nada para que las cosas entre Agnès y él mejoraran de verdad. Me comentaba que a lo largo de las conversaciones que tuvo con su compañera tras la ruptura, ella le había confesado la vergüenza que sentía: la vergüenza de haber sido engañada, la vergüenza de haber estado ciega. Por supuesto, la vergüenza de haberse equivocado.

Sin embargo, Charles no comprendía este sentimiento de vergüenza y me decía que ella estaba sufriendo porque su situación financiera había empeorado tras la ruptura. No expresaba ni arrepentimiento, ni culpabilidad, ni vergüenza, ni odio, ni cólera. Se presentaba calmado y sereno, en apariencia, y justificaba sus actos por tener una libido algo más elevada que la mayoría de la gente. Durante las semanas que siguieron a la separación, Charles no echó de menos a su compañera, aunque la soledad le volvió a pesar. Entonces volvió a registrarse en un sitio de contactos, donde conoció a Valérie, divorciada y madre de un niño:

«Al conocer a Agnès, la anterior, al principio todo iba bien, pero luego gradualmente el sexo comenzó a perder importancia. Me lo he pensado mucho antes de emparejarme con Valérie. Ella tiene una libido muy importante, pero no quería volver a cometer el mismo error, y por eso reflexioné a fondo sobre el tema del sexo y de la relación antes de comprometerme. Tuvimos una buena charla, y yo me decidí a explicarle todo lo que había pasado con mi pareja y por qué no habían funcionado las cosas. Me dije “más vale que se lo cuentes tú antes de que se entere unos meses después por otra fuente y se convierta para ella en un problema mayor que haga que piense que la relación no va a funcionar”. [Le pregunté entonces por lo que había dicho Valérie] Le sorprendió mucho que yo hubiera actuado así, creía que no era de esa clase de personas [él se molestó]. Soy una persona tímida y reservada, y la timidez es algo de lo que no podemos desembarazarnos, solo podemos aprender a controlarla. Le expliqué finalmente que las personas que tienen la intención de empezar una relación extramarital lo tienen ahora muy fácil gracias a la tecnología, y que para eso

ya no es necesario ser extrovertido. Uno puede ser tímido y relacionarse con muchas mujeres gracias a esos sitios de contactos. Pero tampoco puedo afirmar que eso haya hecho mi vida más fácil, así que me propuse tener como objetivo evitar todo eso. El futuro dirá. Pero digamos que yo no voy a hacer nada expresamente para conocer a nadie, y por ejemplo no voy a recurrir a Internet» (Charles, febrero de 2015).

No obstante, Charles temía que su pasado de infidelidades, pese a todo, algún día lo impulsara a engañar a Valérie, si se presentaba la ocasión. En la primavera de 2015, volví a contactar con Charles para saber en qué punto se encontraba su vida conyugal. Me dijo que seguía con Valérie y que todo iba bien con ella. Cuando le pregunté si tenía noticias de Marta, me respondió que había pasado una noche con ella, hacía unas semanas. Me explicó que ella lo había llamado y que él había querido quedar por curiosidad, para ver qué podía ocurrir. Marta no estaba al corriente ni de la separación de Charles ni de su nueva vida conyugal. Charles por tanto fue a verla como si la situación no hubiera cambiado, y se acostaron. En nuestra última conversación, Charles se planteaba por qué Marta seguía queriéndolo, cuando ella sabía a ciencia cierta, según él, que nunca se uniría a ella oficialmente. Esto parecía representar un auténtico enigma para Charles. Por el contrario, omitió toda mención al hecho de que Valérie no hubiera sido informada de su visita a Marta.

LAS AMBIVALENCIAS MASCULINAS DEL AMOR HACIA SU AMANTE

La diferenciación observada en los discursos de los hombres al referirse a sus amantes, que ellos retratan como interesadas en el sexo y sexualmente disponibles, y a sus esposas, que para ellos no son activas sexualmente, trae el recuerdo de la doble vara de medir en lo sexual de los burgueses del siglo XIX. En su juventud, estos últimos identificaban la pureza con las muchachas a las que hacían la corte, mientras no dejaban de frecuentar, en paralelo con sus amores románticos, a las prostitutas, costureras, modistillas... a las que abandonaban (tal vez solo provisionalmente) para desposar a la heredera de buena familia. Tras el casamiento, muchos de estos hombres seguían teniendo una «entretenida» (Corbin 1987: 860). El sistema patriarcal multiseccular, aunque haya evolucionado con el transcurrir del tiempo y presente diferentes características según los contextos socioeconómicos, instaura en las representaciones, las prácticas y las instituciones una frontera simbólica entre las «mujeres virtuosas» y las «mujeres de poca virtud», entre una «esposa» y una «entretenida». A esta separación, a

comienzos del siglo XX, Sigmund Freud le asignó el concepto de «escisión» (Freud 2014) para explicar lo que para él era un síntoma neurótico propio de algunos hombres.

Las investigaciones contemporáneas en ciencias humanas y sociales muestran de una parte que todos los hombres —y no solamente una minoría—, en diferente grado y de acuerdo con formas diversas, están afectados por esta escisión, pero que también las mujeres están intervenidas por ella, sea cual sea su medio social. Algunas encarnan a las figuras femeninas connotadas negativamente: a través por ejemplo de la prostitución (real, metafórica, virtual...), otras simbolizan figuras consideradas como positivas a través de la «mascarada de la feminidad» (el parecer femenina...) o del materialismo (consagración a la maternidad...) (Lemoine-Luccioni 1976). Con mayor precisión, Gail Pheterson demostró que todas las mujeres están sometidas a la amenaza simbólica permanente de quedar estigmatizadas como «putas», una amenaza análoga a la de la violación (Pheterson 2001). Se trata de un proceso secular para controlar el cuerpo y el comportamiento de las mujeres, y se inscribe en las lógicas de la dominación masculina. Impide implícitamente a las mujeres el acceso a una autonomía sexual al dividir las en dos grupos contrarios, las «putas» y las otras. La tensión individual (evidenciada por un malestar) generada por la clasificación de las mujeres según su virtud (dicho de otra forma, según su comportamiento sexual y su conexión con lo maternal y lo conyugal) está omnipresente en los discursos de las amantes, ya estén estas casadas o no (García 2015). El posicionamiento simbólico de las amantes del lado de «la puta» no es sin embargo unívoco, puesto que tenemos ejemplos de hombres que albergan sentimientos amorosos hacia una mujer posicionada simbólicamente —dentro de la relación en cuestión— del lado de las figuras femeninas negativas.

Todos los hombres subrayan las satisfacciones sexuales que les procuran sus amantes. La mayoría experimenta con prácticas que no había empleado nunca antes; algunos exploran universos sexuales de los que su compañera es excluida y que están específicamente reservados a la amante: el intercambio, el uso de juguetes sexuales, el visionado de películas pornográficas con la amante, las prácticas sadomasoquistas, etc. La sexualidad adúltera se articula en efecto de acuerdo con un modelo pornográfico que se conjuga con el modelo histórico de la relación prostibularia. Puede transgredir más o menos abiertamente las normas sexuales que rigen la sexualidad conyugal de estos hombres, pero en todos los casos se distingue de la sexualidad con la esposa por la disponibilidad sexual de la amante y por las posibilidades de exploración de universos y prácticas sexuales específicos. El amor adúltero está muy determinado, más que los amores oficiales,

por el prisma de la prostitución. «El intercambio económico-sexual» que, según la antropóloga Paola Tabet, no termina con la institución matrimonial (Tabet 2004), es especialmente significativo cuando el hombre disfruta de una situación económica superior a la de la mujer. Pero incluso en los casos en que los amantes cuentan con recursos materiales relativamente similares, los usos sexualmente diferenciados del dinero en las relaciones de seducción provocan que a menudo el hombre pague las facturas de hoteles y restaurantes. Cuando la amante está soltera, los hombres contribuyen a veces a pagar el alquiler o las vacaciones de aquella.

Dicho esto, la imagen que los hombres tienen de su amante es ambivalente y no se reduce al «prisma prostibulario». He hallado en las entrevistas una insistencia sistemática en los varones —esté su amante casada o no— para declarar el respeto que les inspiran sus parejas ocultas, y unos cuantos rechazaban tener relaciones sexuales en hoteles o utilizar el término «amante» para designarlas. Esto denota una incomodidad en lo que respecta al lugar que ocupan esas mujeres en sus vidas. Así, comprobamos las tensiones interiores masculinas entre la apropiación implícita del «estigma de la puta» y el amor dirigido a la mujer que lo encarna en su vida. Consecuentemente, parece importante explorar la hipótesis, anunciada anteriormente, de una representación específica del amor en el caso de los varones.

Los hombres entrevistados me comunicaron la fuerza de los sentimientos que experimentaban hacia sus parejas «en la sombra», pero estos sentimientos no implicaban dentro de su discurso un compromiso conyugal, ni una transformación de la pasión erótica hacia sentimientos más razonables. Su concepción del amor por la amante se revelaba extremadamente «romántica», mucho más romántica que la imagen que ellos tenían del matrimonio. En este sentido, los sentimientos que inspiran las amantes reflejan un ideal amoroso que, a diferencia de aquel que prevalece en nuestra sociedad hoy, distingue entre «compromiso social» y «amor». Esta concepción del amor se apoya en un modelo del amor romántico que prevaleció antes de la venida del «matrimonio por amor» y que, aunque haya perdido buena parte de su legitimidad social, parece marcar las concepciones del matrimonio y del amor de los hombres que llevan «dobles vidas» y que no traslucen ningún sentimiento de culpa ni una sensación de trasgresión excesiva de las normas sociales. Para ellos, «el amor verdadero» no se encuentra necesariamente dentro del matrimonio. Este tiene otras atribuciones: la duración, la cotidianeidad que implica, cosas incompatibles con el «amor verdadero» concebido de acuerdo con el modelo del amor romántico elaborado en el siglo XII, y que exige la separación simbólica y práctica de la «esposa» y de la

«enamorada». Esta última se aparta de cualquier consideración sobre el linaje o el estatus, y se reviste únicamente de un amor considerado «puro» porque no sigue las normas que rigen las vidas de los esposos: «Por encima de todo, está la mujer que tiene los niños, cuida de la casa, administra los bienes; también está la enamorada, de la que se declara servidor. Y todo el mundo se ajusta a esto: el amor, es para la enamorada» (Fèvbre 1944: 362). Históricamente, este amor no estaba destinado a la «consumación», y se deslindaba de los deseos eróticos. Sin embargo, se encuentra en la base de las representaciones del amor en nuestros entrevistados y se articula según el patrón de una «doble vara de medir».

En efecto, los hombres entrevistados en diferentes periodos de su relación secreta se remiten tanto a la «doble vara de medir» («la partición de las mujeres») como al «modelo del amor romántico» (asociado a una distinción entre «amor» y «matrimonio»), según se sirvan de la sexualidad o de los sentimientos para explicar su vida íntima⁹. Esta referencia doble explica dos elementos que marcan los discursos analizados. El primero es una tensión omnipresente entre las figuras de la «enamorada» de una parte (vinculada al «amor puro», liberado de la institución matrimonial) y de la «querida» de la otra (ligada a la sexualidad), y la dificultad que tienen ciertos hombres para nombrar a la mujer a la que aman clandestinamente y a la que atribuyen a la vez el sentimiento amoroso y deseos eróticos que transgreden las normas (implícitas a menudo) de la sexualidad conyugal. Por ejemplo, Jérôme (56 años, gerente directivo de un hospital, casado desde hace 30 años, con dos hijos), que ha mantenido una relación durante cinco años con una mujer casada (profesora, sin hijos) más joven que él, se ha negado siempre a reunirse con su amante en un hotel, al considerar que eso sería degradante para ella porque él asociaba esa clase de citas con la prostitución.

El segundo elemento significativo revelado es la convicción que tienen estos hombres sobre que las mujeres están contentas con su condición de «queridas» porque, en contraposición con la «esposa», eso significa para ellas ante todo «ser libres». De este modo, muchos hombres con amantes sin ataduras me han dicho o escrito que, tras interrogarse sobre las motivaciones de su enamorada, habían llegado a la conclusión de que aquella, en el fondo, no querría convertirse en su compañera legítima, puesto que ellos pensaban que no ser esposa presenta

⁹ Los entrevistados reconstruyen siempre, dependiendo de su situación en la entrevista, su punto de vista sobre el pasado. Sus respuestas son pues una reconstrucción, *hic et nunc*, susceptible de variar en función de las condiciones de la enunciación, de las nuevas experiencias vividas, o del momento en que se solicita la mirada retrospectiva (Demazière, 2007).

numerosas ventajas, de las que en su opinión sus amantes estaban al tanto sin lugar a dudas. La única explicación posible para estos hombres de la aceptación del rol de amante por parte de las mujeres que les querían no era el amor en sí mismo, sino la ventajosa ausencia de obligaciones conyugales derivada de ocupar ese espacio. Las demandas de oficialización de la relación clandestina expresadas por las amantes de estos hombres no ponían en tela de juicio la certeza (o la autojustificación) de que el «verdadero deseo» de su amante era disfrutar de los buenos momentos sin tener que soportar la convivencia cotidiana y los asuntos domésticos. Fabienne, una mujer de 47 años, soltera, sin hijos, amante de André, un hombre de 61 años, me explicó que, después de once años, lo que ella menos quería era contribuir a la ruptura de la familia del hombre que amaba. Sin embargo, no escondía la animosidad que le inspiraba la esposa de André, ni la tristeza que sentía cuando aquel estaba enfermo y ella no podía acudir hasta su lecho o recibir noticias. Nunca había terminado de descartar en su fuero interno el sueño de una vida de pareja sin cohabitación. Fabienne quería dejar de ser la mujer en la sombra, sin que eso equivaliera obligadamente a una convivencia bajo el mismo techo. No obstante ella nunca le había dicho eso a su amante para no provocarle una situación delicada, y también porque, al estar informada desde el principio de que él estaba casado, no tenía el «derecho» a esperar de él otra cosa que lo que se había establecido al iniciar la relación. Tuve la ocasión de preguntarle a André por qué no había abandonado nunca a su esposa para emprender una vida oficial con Fabienne. A esta cuestión, él me respondió simplemente: «porque Fabienne no habría querido». Me quedé sorprendida ante esta respuesta, y entonces le insistí sobre el tema y le pregunté si su amante le había dicho explícitamente que ella no deseaba que rompiera con su cónyuge. Entonces me comentó que ella nunca le había expresado las cosas de ese modo, pero que entendía que Fabienne no deseaba una vida de pareja, y que esa situación le era del todo conveniente a esa mujer joven que creía conocer bien. ¿Pensaba de verdad él todo eso o se trataba de solo una respuesta para evitar un tema espinoso? No sabría decirlo.

Estos hombres que dicen que la posición de las amantes es envidiable no parecen percibir los problemas sociales y simbólicos que supone para su amante ser la mujer en la sombra. No comprenden por qué estas mujeres querrían «lavar sus calcetines» o verlos «cepillarse los dientes por la mañana». No perciben el interés de esa vida de pareja que ellos desarrollan en otra parte. Por supuesto, no contemplan la posibilidad de una vida común fundada sobre un modelo menos tradicional en el que ellos se lavarían sus propios calcetines y en el que las mujeres ya habrían partido hacia sus trabajos por la mañana cuando ellos

empezaran con sus abluciones matinales. El discurso masculino que encomia la «condición de amante» no surge, como podríamos creer, de una «mala fe» al servicio de sus intereses sexuales. En el fondo, su experiencia de pareja les impide vislumbrar ningún interés para las mujeres, a las que ven como «libres» y «autónomas» (aunque sin embargo fieles y visceralmente ligadas a ellos), en el hecho de unirse oficialmente a un hombre, ni aunque se trate de ellos.

Los hombres con una amante con otra pareja comparten casi el mismo discurso. Eso sí, ponen el acento con mayor frecuencia que los otros (aquellos cuya amante es «libre») en su falta de interés para «cambiar de pareja» en un futuro. La visión de estos hombres sobre la convivencia doméstica es tan tradicional como la de los otros, y creen que al cabo de unos cuantos meses o años, la nueva pareja que conformarían con su amante caería en las mismas encrucijadas que la pareja actual. De una manera general, los hombres que llevan una doble vida no observan a la pareja establecida como una «pareja de enamorados», sino sobre todo como el pilar de una familia. Como rasgo común, defienden también una representación fija de los roles masculinos y femeninos, así como de su propio destino sentimental y conyugal.

EL «ESTIGMA DE LA PUTA»

UNA OBSESIÓN FEMENINA

«Son las 22:28, escucho con una oreja France Inter, un programa sobre las prostitutas que intentan salir de ese mundo sórdido. Un programa magnífico, con testimonios, y con puntos semejantes con las amantes libres, en el sentido de que se sacrifican por el otro, le conceden el poder al otro, y una pierde realmente la noción de sí misma, hasta el día en que... de repente... [esta mujer hace aquí mención implícitamente a los comentarios que en el blog animan a las amantes de hombres casados a dejarlos]. Y yo me digo que demasiado a menudo, al hablar con muchos hombres en un sitio de contactos adúlteros, las amantes son las “señoritas de compañía gratuitas” para ellos... O putas (empleo esta palabra con mucho respeto y afecto) de las de antes, de vida alegre, como las de los burdeles con encajes, música e higiene garantizada, pero la verdad es que tendríamos que dejar de hacerles la vida tan fácil a los hombres casados. En fin, muchas de nosotras estamos ya en la senda de la serenidad» (Intervención recogida en el sitio «Casado pero disponible», octubre de 2014)

Otra mujer escribía, dos años antes, en la misma página: «Ninguna novedad durante una o dos semanas, nada de nada, y luego de repente un SMS que me pregunta si estoy libre esa tarde. He tenido la impresión de ser una dama de compañía (un nombre más bonito que el de puta)» (Marzo de 2012).

Ya sea en las entrevistas o en los blogs, el temor a representar el rol de prostituta de los hombres que aman reaparece a menudo y constituye una fuente de angustia importante para las mujeres. No sorprende que esta cuestión sobre la posición de la amante se manifieste en tales términos en mujeres que no han escogido deliberadamente «permanecer en las sombras». En efecto, la primacía explícita de los vínculos sexuales como fundamento de las relaciones extramaritales lleva a las mujeres a poner especial cuidado para satisfacer sexualmente a sus parejas porque, desde hace siglos, las mujeres han interiorizado los deseos masculinos y se esfuerzan por satisfacerlos (Knibiehler 2002). Mientras que sus «necesidades» afectivas no son reconocidas ni satisfechas por el hombre, esa atención que prestan las remite simbólicamente a las relaciones prostibularias y genera un sentimiento de humillación específico.

Con el paso del tiempo, las mujeres, estén casadas o no, tengan otros compañeros sexuales o no, sugieren planes a su amante sin vínculo directo con la sexualidad. Karine contaba con un cierta tristeza que, si ella no proponía nada aparte de una cita «para acostarse», no hacían «otra cosa». Explicaba que para ella sería importante que Gaël no la viera solo para tener relaciones sexuales. Y precisaba que, antes de aceptar tener sexo con él, ella se había asegurado de que no la tomara «por una puta». Para probar la moral de su amante, lo había sometido al test de invitarlo numerosas veces a un apartamento prestado por su hermana, los dos solos, sin tener contacto carnal. Una vez convencida de que él no quedaba con ella para «divertirse», aceptó comenzar a tener relaciones sexuales con él.

Históricamente, el término «amante» [*maîtresse*] remite a formas de prostitución específica, señaladamente aquella que implica la relación financiera explícita o implícita entre los miembros de la pareja. A lo largo de los siglos, los hombres que pertenecían a los grupos sociales dominantes han mantenido amantes, a menudo asumiendo el deber de ampararlas frente a la necesidad, ya se tratara de favoritas de la sociedad aristocrática o de queridas o de otras «bailarinas» de la burguesía emergente del siglo XIX. La mujer sin casar que tuviera relaciones sexuales con un hombre sin una sanción «oficial» ha sido generalmente considerada en nuestras sociedades como «una puta». En las configuraciones de género que representan las relaciones entre un hombre casado y una mujer

soltera, el «estigma de la puta» pesa mucho en las representaciones de los dos sexos.

De hecho, la insistencia sistemática de los hombres en el respeto que profesan a sus enamoradas clandestinas, el rechazo de algunos a mantener relaciones sexuales en los hoteles o a utilizar el término «amante», por ejemplo, denotan un malestar sobre la posición que ocupan estas mujeres. Sin embargo, todos los hombres recalcan las satisfacciones sexuales que les procuran sus amantes, y algunos experimentan con ellas prácticas novedosas, que nunca habían probado ni con su compañera ni con otras parejas. En los blogs, los hombres explican voluntariamente y en detalle las prácticas sexuales que hallan particularmente excitantes (como la felación), que realizan con sus amantes pero nunca con sus cónyuges. Otros comparten su descubrimiento de la sodomía y del placer que les suscita dar placer de ese modo a su pareja. Otros no solo exploran prácticas determinadas, sino universos sexuales específicamente limitados a la amante: el intercambio, el uso de juguetes sexuales, el visionado de películas pornográficas juntos, las prácticas sadomasoquistas... La sexualidad adúltera se declina según un modelo pornográfico que se conjuga con el modelo histórico de la relación prostibularia. Esta puede, más o menos abiertamente, transgredir las normas sexuales que rigen la sexualidad conyugal de estos hombres pero, en todos los casos, se distingue de la sexualidad con la esposa por la disponibilidad sexual de la querida y por las posibilidades de exploración de prácticas y universos sexuales específicos.

Las tensiones y los conflictos que la apropiación implícita del «estigma de la puta» introduce en las interacciones entre las amantes y los hombres casados crecen con los desacuerdos de unos compañeros cuyas «orientaciones íntimas» difieren. En efecto, si las amantes «libres» consternadas parecen inscribirse decididamente en un «modelo de sexualidad conyugal», los hombres a los que aman parecen estar sobre todo en un «modelo de deseo individual». Esto último no excluye ni los sentimientos ni la durabilidad de la relación, pero se funda en un enfoque más narcisista que altruista de la relación con la pareja.

Más que los amores oficiales, el amor adúltero está muy determinado por el prisma de la prostitución. «El intercambio económico-sexual» que, según la antropóloga Paola Tabet (2004), sobrepasa la institución matrimonial y es particularmente relevante cuando el hombre disfruta de una situación económica superior a la de la mujer. Pero incluso en las situaciones en que los amantes cuentan con recursos materiales relativamente similares, las costumbres en materia de adulterio conducen a menudo al hombre a abonar las facturas de hotel

y de restaurante. Cuando la amante es soltera, en ocasiones los hombres ayudan a pagar el alquiler o las vacaciones de aquella.

Las mujeres no rechazan sin embargo explícitamente la asimilación que pueda hacerse entre el rol de querida y el de prostituida. Algunas mujeres casadas reivindican, en los blogs, ser las «putas de su amante». Explican en Internet que es algo que asumen y que les otorga grandes satisfacciones sexuales. Narran los momentos eróticos (reales o imaginarios) con su pareja clandestina. Se desmarcan ostensiblemente, y con cierta condescendencia, de las mujeres que sufren por no ser más que «amantes». Estas mujeres quieren liberarse del corsé conyugal y hacen un retrato de sí mismas en el que se muestran sexualmente activas pero elegantes, interesadas en el sexo pero inteligentes; unas amantes excepcionales que no aburren a los hombres.

Entablé contacto con dos mujeres, Juliette y Sabrina, que se presentaban de esta forma: en sus blogs hoy desaparecidos las fotos y los textos eróticos eran omnipresentes. Cuando me reuní con ellas (por separado), ninguna calzaba los tacones de 12 centímetros descritos en los blogs, ni tampoco exhibía el maquillaje o la apariencia provocativa, en realidad nada particularmente femenino. Su aspecto era el correspondiente a madres de familia sin nada que las distinguiera de otras madres de familia de los estratos sociales intermedios. Debo decir que después de varios mensajes cruzados y de la lectura de sus relatos en Internet, me sorprendió tanto la apariencia de mis informantes como su discurso (si bien ninguna de las dos aceptó que se la grabara), que giraba mucho más sobre las desilusiones del matrimonio que sobre las relaciones de alto componente erótico. Las dos amaban a un hombre casado que «las hacía soñar», y las dos «caricaturizaban» la prostitución en Internet para hablar de ese «amor imposible». Esta forma de entender la seducción —en la que los tacones altos, las medias de rejilla, las felaciones, la sodomía, las palabras soeces y la definición de una misma como «puta» son reivindicadas— ha sido analizada por la socióloga Catherine Deschamps, que habla del «aditivo del deseo de las mujeres en las formas de seducción no monetizadas oficialmente» (2011, p. 396). El discurso de estas blogueras se caracteriza también por el hecho de que afirman, más a menudo y más sistemáticamente en comparación con las otras mujeres, querer a su cónyuge y a su amante:

«No soy una mera infiel, yo prefiero decir poliamante, quiero a dos hombres desde hace mucho tiempo... a pesar de que la definición de poliamor exigiría que los amantes fueran públicos... Pero yo quiero a mi amante, y eso sin

desdoro del amor hacia mi marido. No se trata de simple afecto, ni de apego, sino de sentimientos amorosos que yo albergo hacia mi marido» (Sabrina, noviembre de 2013).

Sabrina mantenía un blog erótico en el que reivindicaba un linaje femenino de «favoritas», e ilustraba sus propósitos mediante fotos eróticas que evocaban la lujuria de las cortesanas de antaño. En sus escritos, incurría sin duda en exageraciones sobre el erotismo y el deseo de su amante hacia ella. No obstante, a lo largo de nuestra charla, ella insistió a menudo en la idea de que su «posición» con su amante la colmaba, teniéndose por una mujer con una vida excepcional. Algunos meses después de nuestra entrevista, el amante de Sabrina rompió con ella, argumentando que quería vivir otras aventuras sexuales. Sabrina me escribió un mensaje en el que contaba lo mucho que le hacía sufrir el final de una relación que había durado más de diez años. Ella no pensaba que algo así pudiera llegar a ocurrir, porque había hecho todo lo posible para que él no la abandonara. Nunca le había demandado nada, y siempre había estado disponible; ella le había apoyado, había estado siempre ahí para él; su vínculo en apariencia era inalterable. Después de varias semanas, Sabine reevaluó sin embargo su separación desde un ángulo romántico: ella me explicó que su amante se había ido como alguien que estuviera de paso, que nunca habían tenido encontronazos, que todo había sido hermoso, incluso la separación. No he vuelto a hablar con ella.

Me cité con Juliette un mediodía primaveral, en una localidad situada entre Lyon y Montpellier. En su blog, ella explicaba sus métodos de seducción con los hombres: ninguno parecía resistírsele, ni amigos, ni colegas, ni vecinos. Relataba su relación con un hombre al que amaba sin que eso le hiciera querer dejar a su marido, al que ella afirmaba amar también. Sus pasajes eróticos estaban muy elaborados, con unos escenarios descritos al detalle. Al leer sus entradas, uno imaginaba a una mujer «doble», a la vez «madre de familia respetable» y «vampiresa». Yo comencé una correspondencia con ella y le expliqué mi trabajo. Al cabo de un año, ella me propuso encontrarnos. Me encontré con una mujer más bien pequeña, sin maquillaje, que vestía ropas corrientes y zapatos planos. Su aspecto me dejó perpleja. Hablamos un poco, ella apenas se me confió. Me dijo que desde hacía dos años tenía un amante, pero que sobre todo se sentía desgraciada junto a su marido. No he vuelto a tener noticias de Juliette tras esta entrevista y ella clausuró su blog.

En los blogs y los foros dedicados a las relaciones extramaritales, ya las reivindicquen o las eviten, la imagen de la puta está omnipresente en el discurso de las mujeres o sobre las mujeres. Tomando en consideración las entrevistas, la duración de la relación, lejos de atenuar la sensación de ser requerida «solo por el sexo», como podría pensarse, tiende a acrecentarse, antes de que una separación o una redefinición de la relación logre atenuarla. De hecho, el temor a ser considerada una puta por el amante no es inmediato. Los primeros tiempos de una relación amorosa a menudo suponen, para las mujeres, la inauguración de la posibilidad de una nueva vida conyugal. Durante los primeros meses de la relación, la focalización en una sexualidad tórrida se interpreta como un efecto de la pasión amorosa. Solo es unos meses más tarde, a veces tras el primer año, cuando las mujeres comienzan a cuestionarse el sentido de la relación. Durante un periodo relativamente largo (algunos meses o algunos años), el espectro de la relación prostibularia acecha. Se trata de periodos con negociaciones implícitas o explícitas sobre la orientación de la pareja. Si la relación extramarital se consolida como tal, como un fin en sí misma, y las mujeres implicadas renuncian a la oficialización, lo más frecuente es que se produzca una recomposición de las representaciones y las prácticas, para dar cabida a las citas que no estén directamente orientadas al sexo.

CONSENTIMIENTOS, ACUERDOS Y RESISTENCIAS FEMENINAS

Generalmente, los hombres anuncian a sus amantes casadas que no se plantean abandonar a sus esposas durante los primeros días de relación. Jeanne, una mujer casada de noventa años, tuvo un amante también casado durante cuarenta años, una relación que solo terminó con la muerte de aquel. Ella me explicó que desde el comienzo de su relación, el hombre del que se había enamorado le había declarado su negativa a abandonar a su esposa. Ella afirmaba haber aceptado esto, y nunca volvió a plantear esa cuestión.

«Bien, su esposa era su prima. Estaba casado con su prima. Por eso, había estado con ella toda su vida. Su prima era alguien... Además, yo la conocía. Era una persona muy inteligente y puesto que yo debía adorarla, pensé [...] Él me había dicho de golpe, su mujer se llamaba Lucie: “Jamás me separaré de Lucie”. Eso se me metió en la cabeza. (Jeanne, antigua institutriz, casada y con dos hijos, conoció a su amante y dejó a su marido tras quince años de matrimonio, y se vio con su enamorado clandestino durante cuarenta años, verano de 2010).

Parecería pues que la adscripción irrevocable de la relación a la clandestinidad determina sistemáticamente la posición masculina. El margen de maniobra de las mujeres consiste en elegir entre proseguir con la relación de acuerdo con las condiciones fijadas por el amante o ponerle fin. Enfrentadas a este dilema, aquellas cuyo testimonio he recogido prefieren siempre no romper, imaginándose la mayoría que el pacto inicial podrá ser revisado más adelante. Son pocas las mujeres, de hecho, que se toman en serio la inmutabilidad anunciada de la relación con el amante. Únicamente las mujeres de más edad, entre aquellas con las que hemos contactado, que conocieron a su amante en una época en la que el divorcio era menos corriente, asumieron inmediatamente la idea de que su amante no abandonaría a su mujer. Estas mujeres también —más rápidamente que las mujeres de generaciones posteriores— entendieron sus relaciones como duraderas, exigiendo en contrapartida de la sombra una atención especial por parte del varón: una disponibilidad consiguiente, contactos cotidianos y la expresión del sentimiento amoroso mediante un comportamiento romántico. Por ejemplo, Luce hizo saber a su amante que le gustaría recibir flores regularmente, y Jeanne le demandó al suyo que la presentara como su pareja en el círculo restringido de sus amigos comunes, del que la esposa estaba excluida.

Para las mujeres más jóvenes, la situación se presenta de manera diferente. No están tan espontáneamente dispuestas a renunciar a la idea de un porvenir oficial con su amante, y el divorcio de aquel se les aparece como una posibilidad futura razonable. Pese a eso, la durabilidad se establece según las mismas restricciones masculinas iniciales que en el caso de sus hermanas mayores: si bien el divorcio se ha generalizado y los hombres crían solos a sus hijos, aquellos con los que están ligadas no se hallan más dispuestos que sus antecesoras a poner fin a su pareja oficial.

La historia de Anne es significativa a este respecto. Esta mujer divorciada de 47 años, con la que he mantenido largos intercambios durante dos años, comenzó una relación con Laurent (director de clínica, 49 años, casado, con tres hijos), al que conoció en un congreso de medicina, cuando ella tenía 40 años y todavía estaba casada. Los amantes habían protagonizado por separado «aventuras» antes de conocerse. Pero sus sentimientos los embarcaron en una historia de largo recorrido. Después de cuatro años de una apasionada relación clandestina, Anne se divorció porque «ya no aguantaba abrazar a su hija por la noche como si todo estuviera bien». No le dijo a su marido que tenía un amante, y le comunicó que sus sentimientos hacia él se habían extinguido. Esperaba que Laurent abandonara por su parte a su esposa, pero él no hizo nada. No obstante, continuaron encontrándose, «no pudiendo separarse». Anne tuvo sin embargo la sensación de

haber sido engañada, y las disputas y rupturas entre los amantes se volvieron frecuentes. Dos años después de su divorcio, Anne decidió dejar a Laurent. Ella le recriminaba haber dado siempre signos de que un futuro compartido era posible, de haberle permitido abandonar a su cónyuge como si eso no le concerniera, y de haber pasado fines de semana y vacaciones con su hija y ella sin haber tenido nunca la intención sincera de comprometerse con su amante.

Ella conoció luego a un hombre sin compromisos, Sébastien (54 años, abogado, divorciado, con dos hijos), con el cual tuvo una relación que la colmó durante los primeros meses. Volvió a experimentar los placeres de una relación lícita: salir sin ocultarse, telefonarse sin cumplir con unas reglas de discreción, alternar con la familia y los amigos a la vez... ¡Y tener relaciones sexuales en el domicilio del varón! Pero renunció a esta libertad recuperada unos meses más tarde, cuando Laurent reapareció en su vida. Este le dijo que deseaba vivir con ella pero que no terminaba de decidirse. Ella pensó entonces que «todo volvía a ser posible». Rápidamente, reemprendieron su relación, incluso de una manera más intensa que antes. Laurent organizó un viaje a Italia con Anne, fines de semana en la montaña con su hija y ella, escapadas y noches juntos. Anne dejó a Sébastien sin revelar la verdadera razón de su ruptura. A continuación, Laurent empezó a dejarse ver menos, a no ser tan atento, y el proyecto de una vida con Anne quedó aparcado de nuevo, para siempre. Anne decidió entonces cesar toda relación privada e íntima con Laurent.

Tres años después del divorcio, Anne finalmente retomó su relación con Sébastien. Ella comentaba que esa relación se parecía a la que tenía con su marido, y que no estaba enamorada de su pareja oficial pero que eso le permitía ser menos dependiente de Laurent. Había proseguido su relación con este. Lo presentaba como el hombre de su vida y estaba convencida de que algún día compartirían una vida juntos maravillosa. Añadía que, de la misma manera que luchó para concebir a su hija (tenía problemas de infertilidad) cuando todo el mundo le negaba esa esperanza, su vida con Laurent era la otra lucha de su vida, otra en la que nadie creía en sus posibilidades, excepto ella. El relato de Anne en 2013 estaba marcado por el modelo romántico del amor, pero se trataba también del relato de la recomposición de una configuración de vida extramarital, con la puesta en escena de una unión oficial que permite «mantener» la relación clandestina. La representación idealizada del amor en la que se fundan estas relaciones secretas pertenece al amor romántico: absoluto, autosuficiente, exclusivo, atemporal y único, sin ningún otro obstáculo salvo el matrimonio del varón para que la unión «verdadera» tenga (finalmente) éxito. La puesta a prueba del lazo entre los amantes no sirve más que para consolidar la sensación de vivir

un «gran amor» que debe traspasar los obstáculos consiguientes antes de expandirse plenamente.

Pero el amor no lo resiste todo. Anne siguió soportando los comportamientos de Laurent, quien la llenaba cuando estaban juntos, pero que la sumía en la angustia y la frustración cuando, durante varios días, no daba noticias. Las idas y venidas de una relación que pasaba de los encuentros tórridos a temporadas sin establecer contacto condujo finalmente a Anne a recurrir a la ayuda de un psicólogo. Gradualmente, la visión que Anne tenía de la relación cambió. Comenzó a percibirse como una mujer maltratada emocionalmente por su enamorado, y a entender que ella autorizaba implícitamente al hombre que amaba un comportamiento irrespetuoso hacia ella. Poco a poco, empezó a ser menos tolerante con los silencios y distanciamientos de Laurent, y a la par menguó su angustia ante la idea de perderlo. En 2014, lo dejó.

«Recibí un portazo en toda la cara. Mi familia estalló en pleno vuelo, a él todo le importó un bledo tanto cuando pasó como después. ¡Siguió viviendo con su mujer con el pretexto de que un divorcio condenaría a sus hijos al fracaso escolar! [Risa sarcástica] ¡Sus hijos están en escuelas superiores, tienen más de 20 años! Son unos hijos de papá. Lo único que cuenta en esa familia es la apariencia: los viajes a lugares lejanos que les cuentan a sus conocidos, la categoría de las escuelas de los hijos, el color de la fachada de su casa, la marca de los coches, la silueta de la señora, el golf del señor... He renegado de todos mis valores por estar con Laurent. Terminaron por gustarme las cosas que no me gustaban, todo lo que no era yo. Provengo de un entorno modesto, aunque hoy me gane muy bien la vida. Mi marido estaba en lo social. Laurent es un tipo que solo se mueve por dinero. [¿Crees que habrías abandonado a tu marido de no haber conocido a Laurent?] No. No le habría dejado. Es un buen tipo, nos entendíamos bien... Bueno, ahora, con el distanciamiento, cuando lo vuelvo a ver [a su marido], me parece envejecido y aburrido. Antes cuando estábamos juntos tampoco era muy dinámico ni divertido, lo cual representaba un gran contraste con Laurent, tan seguro de sí mismo, tan resuelto y sociable... Mi marido ahora ya no me gusta, pero tal vez las cosas habrían ido de otro modo sin el divorcio. ¿Quién lo sabe? Pero en esa época, de no ser por Laurent, no lo habría dejado. [...]

»Si pudiera, me gustaría decirles a todas las mujeres que viven así que paren. Las prevendría frente a esa estafa, ¡es una pérdida de tiempo! Yo ahora considero que lo es... Un castillo de arena. ¿Qué es lo que me queda de mi historia con Laurent? Cuando veo su nombre aparecer en el móvil, lo miro

con indiferencia y no contesto. Durante más de seis años, corría para pasar unas horas a su lado. Era capaz de ir al fin del mundo para estar con él. Una vez, se marchó a los Estados Unidos por el trabajo, y yo dije en casa que tenía un congreso de medicina allí y me reuní con él. ¡Organizaba mis citas profesionales en función de su agenda! Otra vez, él acudió a un vidente para saber si íbamos a vivir juntos. [Risas] ¡Como si la decisión no le correspondiera a él! Me pareció patético. Pero seguí... ¿por qué? ¿Cómo? No lo sé, pero, sinceramente, estas historias no valen la pena. Estos hombres pueden decirte al mediodía que te quieren y por la noche decirle lo mismo a la esposa. No se puede construir nada con hombres así» (Anne, otoño de 2014).

La historia de Nathalie nos muestra cómo las mujeres en numerosos casos «se ajustan» a las resistencias masculinas para oficializar la relación clandestina. Esta mujer vivía en el seno de una pareja libertina, pero se enamoró de uno de sus amantes, a su vez compañero de trabajo. Con el fin de no perderlo, ella consintió, durante un tiempo al menos, a renunciar a todo lo que ella obtenía de esa relación secreta: conversaciones, restaurantes, conversaciones sobre sus pasiones comunes, etc. Los amantes sellaron un pacto que estipulaba que tuvieran encuentros sexuales una o dos veces por semana. Durante el resto del tiempo no podían mantener contactos personales, aunque trabajaran en las mismas oficinas. En el instante en que Nathalie me hablaba de ese nuevo giro en su historia de amor secreto, se consideraba desgraciada pero demasiado enamorada como para romper. Esta mujer joven explicaba además que ella toleraba la reorientación de la relación porque amaba a su amante, pero que sexualmente, sin afecto ni ternura, la sexualidad no la satisfacía ya que su vida «libertina» sí la colmaba ampliamente en ese apartado.

Este caso no es único. Parece tratarse de una de las reorientaciones habituales de las relaciones profundamente asimétricas desde el punto de vista de las expectativas y las implicaciones afectivas de los miembros de la pareja. Este tipo de pacto parece liberar a los hombres de todo sentimiento de culpa al diferenciar explícitamente los «sentimientos» del «sexo», es decir, al trazar una clara frontera simbólica y física entre la esposa y la amante. Al operar así, ellos ostentan el poder de asignar espacios a las mujeres de su vida, ejerciendo un control estricto y enérgico sobre las expectativas y demandas de sus amantes. Algunos llegan a prohibirles a sus amantes que expresen sus propios sentimientos so pena de abandonarlas.

Christine se encontraba en esa situación. Tenía 50 años, estaba casada desde hacía treinta, y tenía una relación extramarital con el mismo hombre desde hacía muchos años. Di con ella mediante un blog, y me explicó su historia anónimamente y solamente por correo electrónico:

«Hace quince días, le dije a este hombre [su amante] que le quería. Yo sabía que, por decírselo, él podía abandonarme. Tras mi declaración, él me dijo que a partir de entonces debíamos espaciar nuestros encuentros. Me dijo que yo era importante para él, pero que no quería enamorarse de mí, ni tener que gestionar una relación complicada. Creo que los hombres necesitan que las cosas sean fáciles» (Mensaje enviado en abril de 2012).

Las mujeres casadas que consienten en excluir las dimensiones afectivas de su relación afirman sufrir. Esto se traduce con mayor frecuencia en la autocensura de la expresión de sus sentimientos, prohibiéndose aguardar explícitamente manifestaciones de amor. Un sentimiento de humillación derivado del «estigma de la puta» se prende de ellas, pero menos violentamente que en el caso de las mujeres solteras, como si el matrimonio pudiera protegerlas en parte de una representación negativa de sí mismas ligada al modelo de la relación prostibularia. Estas situaciones pueden interpretarse a la luz de los análisis feministas que subrayan la violencia de las relaciones amorosas entre hombres y mujeres cuando estas últimas se debaten entre la idea de que el amor es magnífico (y merece todos los sacrificios) y la de que al mismo tiempo supone una fuente de sufrimiento y de humillaciones. Simone de Beauvoir, en *El segundo sexo*, escribía que las mujeres acaban apreciando la humillación dentro del amor.

Dicho esto, las mujeres adscritas a este tipo de relación a veces ponen en práctica una estrategia de resistencia al sufrimiento amoroso engañando a su amante. Ellas transgreden la norma de la exclusividad sexual, con el objetivo de (re)encontrar, en sus propias palabras, una porción de autoestima, un dominio de sí mismas, para escapar parcialmente del sufrimiento que genera en ellas la indiferencia emocional del amante. Christine, a la que su amante prohibió toda expansión afectiva, forma parte de estas mujeres. Tras un año y medio de relación, ella se apuntó a una página de contactos, a espaldas de su amante, y comenzó a verse con otros hombres. Afirmaba no amar a estos «hombres de paso» y no disfrutar tanto del sexo con ellos. Sin embargo, explicaba que frecuentar a otros hombres le permitió ser menos dependiente de su amante. El cónyuge no tiene pues, para

estas mujeres, el rol de un hombre que pudiera contrarrestar el afecto, juzgado excesivo, hacia el amante.

Ninguna de las mujeres a las que he conocido o leído, fuera cual fuera su situación afectiva, me habló de la posibilidad de volver al marido para reequilibrar una relación extramarital percibida como asimétrica debido a que el amante coartaba sus sentimientos (o al menos la expresión de los mismos). Cuando las mujeres rompen, aunque sea provisionalmente, con la exclusividad sexual que le dedican a su amante, buscan a otro hombre diferente al marido. La explicación de esta lógica no reside exclusivamente en las interpretaciones corrientes que podrían hacerse sobre la sexualidad marital de las mujeres. Si las mujeres no buscan aflojar el nudo con su amante o vengarse de él retornando a los brazos de su marido para regresar después con una pasión renovada, no es porque el segundo no pueda rivalizar sexualmente con el amante.

Este no se sitúa en relación con un rol de esposo que podría envidiar; ocupa el lugar de un compañero sexual y afectivo ideal y único. En consecuencia, algunas mujeres recurren a otros amantes, escogidos por los placeres sexuales y el gozo, como forma de liberarse del control afectivo ejercido por el amante. Gozar con otros hombres diferentes al amante o al marido representa también, dentro de las configuraciones estudiadas, una forma de liberación subjetiva de la sujeción que la condición de esposa y amante implica para las mujeres cuyos amantes ejercen su poder de manera excesiva. Los «amantes de sustitución» aportan a estas mujeres una cierta serenidad, en la medida en que ellas se pueden desprender de aquello que califican como «su dependencia» de la pareja (que se traduce a menudo en esperas insoportables para citarse, para llamarse por teléfono, para recibir correos electrónicos, etc.)

¿POR LA FELICIDAD DE LAS AMANTES?

La escisión que afecta a las mujeres provoca sentimientos diversos entre las amantes de hombres casados. A los hombres adscritos a este tipo de relación les sorprende a menudo que una mujer acepte el papel de su amante. Esta perplejidad está teñida no obstante de un matiz de orgullo. La siguiente declaración de Christophe (alto directivo, 48 años, casado desde hace veinte, con dos hijos) resulta esclarecedora para saber por qué los hombres no ven nada gratificante las más de las veces en la condición de amante: «Yo soñaba desde hace mucho con tener una relación así con una mujer, pero no pensaba que pudiera llegar a suceder realmente, no veía qué podía encontrar una mujer en mí para aceptar comenzar una relación secreta». (Christophe, primavera de 2013).

Charles, por su parte, aún seguía desconcertado por el modo en que Marta, su amante, había cuidado de su relación durante seis años: «Yo no comprendía cómo alguien puede conformarse con ser la amante para el resto de su vida. No lo entendía. Conversamos un montón sobre ello pero no lo entendía». (Charles, verano de 2014)

La perplejidad de los hombres frente a la aceptación del rol de amante es el contrapunto de las tribulaciones morales o psicológicas que desarrollan las mujeres implicadas. Por supuesto, algunas mujeres casadas se consideran felices y satisfechas, al igual que los hombres, al no tener que reevaluar su situación familiar por vivir una relación amorosa que han dejado de experimentar con su marido. No obstante, «la felicidad en la infidelidad» no es inmediata, a diferencia de lo que ocurre con los hombres. Se trata del fruto de un largo proceso de adhesión a las normas amorosas, sexuales y conyugales que sus amantes y nadie más han incorporado precozmente, en el curso de su socialización en tanto que hombres, y que las mujeres acatan mientras hacen un esfuerzo por ignorar, o combatir en su favor en contra de los amantes, esa escisión presupuesta en las mujeres. Por otro lado, no he oído ni leído la expresión de un sentimiento de gran felicidad por parte de las mujeres solteras que son desde hace mucho amantes de un hombre casado. Algunas mujeres «libres», cuya relación con «su hombre» es satisfactoria en términos afectivos y que se declaran felices de tener a ese hombre «por el de su vida», no hablan sin embargo de que ser «la mujer en la sombra» constituya la fuente de un sentimiento positivo. Ellas se conforman, anteponiendo los sentimientos y el vínculo a la situación en sí.

Dicho esto, si bien los hombres a menudo afirman no entender cómo una mujer puede mantenerse mucho tiempo como su amante, también opinan que aquella ha tomado su decisión deliberadamente, y que se siente feliz en esa situación. Muchos hombres cuya amante es libre me dijeron o escribieron que, al inquirirse sobre las motivaciones de su enamorada, llegaban a la conclusión de que ella no querría, en el fondo, convertirse en su compañera legítima porque pensaban que ese estatus de no esposa presentaba numerosas ventajas, de las que la amante era consciente. La única explicación posible para los hombres de esa aceptación del rol de amante por las mujeres que los aman no reside en el amor sino en la ventajosa ausencia de obligaciones conyugales derivada, según ellos, de esa posición.

Las demandas de oficialización de la relación clandestina por parte de las amantes de estos hombres no ponían en tela de juicio la certeza (o autojustificación) de que el «verdadero deseo» de la amante era disfrutar de los buenos momentos sin

que eso conllevara el reparto de los deberes y los asuntos domésticos. Fabienne, una mujer de 42 años, soltera, sin hijos, amante de André, un hombre de 61 años, me aseguró que tras once años ella estaba feliz en esa situación, y que por nada del mundo deseaba romper la familia del hombre que amaba. Sin embargo, no escondía la animosidad que sentía hacia la esposa de André, ni la profunda tristeza que le asaltaba cuando él estaba enfermo y no podía acercarse a su lecho ni recibir noticias suyas. Nunca descartó completamente en su interior el sueño de una vida de pareja sin cohabitación —pero sin más ocultación—. Fabienne quería pues dejar de ser la mujer en la sombra, sin que eso implicara una vida bajo el mismo techo. Pero ella nunca se lo comentó a su enamorado para no ponerlo en una situación delicada y también porque consideraba que, al saber desde un principio que estaba casado, carecía del «derecho» a esperar otra cosa que lo que se había planteado al comienzo de su relación.

Tuve la ocasión de mantener una charla informal con André. Había rechazado reencontrarse conmigo durante más de un año, después de que Fabienne le hubiera transmitido mi deseo de entrevistarlo. André consideraba que no convenía airear en público determinados «asuntos»; que hacer sociología de todo eso suponía una forma de indecencia y que en definitiva su vida y su historia no le incumbían a nadie. Sin embargo, las citas que yo había mantenido regularmente con Fabienne parecieron atizar su curiosidad. Tal vez prefería dar su versión de la situación cuando no controlaba lo que se decía sobre él. Así pues, tuve la oportunidad de hablar con este hombre durante varias horas, aunque él se negó a que la entrevista fuera grabada o a que yo tomara notas, al igual que otros hombres.

Pasamos una tarde hablando, al principio con la presencia de Fabienne, después sin ella. Habíamos convenido esa forma de encuentro. Durante la primera parte de la conversación, sus intervenciones giraron sobre su historia de amor, un relato coincidente con el de Fabienne. Obviamente, elementos de su vida anterior a conocer a Fabienne me eran desconocidos, pero en su conjunto, existía una gran correspondencia entre los dos discursos, facilitada, evidentemente, por la presencia simultánea de los dos protagonistas. Cuando Fabienne nos dejó solos, el discurso de André sobre sus sentimientos hacia ella, y sobre la ausencia de cariño hacia su mujer, no varió. Sin embargo, aprovechando el cara a cara, le pregunté por qué, después de once años, no había abandonado a su esposa para emprender oficialmente una vida con Fabienne. A esta pregunta, él me respondió simplemente: «Porque Fabienne no lo habría querido».

Me sorprendió su respuesta, y entonces le insistí, preguntándole si su amante le había dicho explícitamente que no deseaba que rompiera con su cónyuge. Él me respondió que ella no le había expresado las cosas de esa forma, pero que él había entendido que Fabienne no quería llevar una vida de pareja, y que esa situación, según él, le era del todo conveniente a esa mujer joven que creía conocer bien. Añadió que habría sido demasiado complicado abandonar a su mujer, al residir en una pequeña comunidad con muchos conocidos, donde la diferencia de edad entre Fabienne y él habría «dado lugar a habladurías». Me dijo que, para vivir abiertamente su amor con Fabienne, tendrían que mudarse, y que ni ella ni él estaban preparados para dar un paso así. ¿Pensaba de verdad esto o me dio esa respuesta para evitar un tema espinoso? No sabría decirlo. Sin embargo, Fabienne nunca deseó que André permaneciera con su esposa. Ella solamente quería no perturbar su vida familiar y seguir, de una manera u otra, cerca de él.

La idea de que las mujeres solteras están felices en su situación, de que su posición es incluso envidiable, está presente en la mente de numerosos hombres y se apoya en las recriminaciones que ellos oyen hacia los varones en su pareja o en otras parejas que conocen: ser la amante libre de un hombre casado es ante todo, en opinión de estos hombres, «ser libre». No perciben en absoluto el problema que tal posición genera a las mujeres; lo que significa social o simbólicamente ser una mujer en la sombra. Tampoco comprenden por qué las mujeres querrían «lavar sus calcetines» o ver «cómo se cepillan los dientes por la mañana». No advierten tampoco el interés que puede despertar una vida de pareja que ellos experimentan en otro sitio; y de modo muy ostensible, no vislumbran la posibilidad de una existencia compartida que pudiera estar fundada en un modelo menos tradicional, en el que ellos se encargarían de lavarse los calcetines y las mujeres ya habrían salido para el trabajo cuando ellos estuvieran haciendo sus abluciones matinales.

No es únicamente, como podría pensarse, la mala fe que serviría a sus intereses sexuales lo que mueve a pensar a algunos hombres que sus amantes, a las que aman, están «bien donde están», y que convertirse en esposas representaría un plan poco envidiable para ellas. En realidad, sus experiencias previas de pareja no les permiten vislumbrar ningún interés en la relación oficial con un hombre, ni aunque se trate de ellos mismos, para unas mujeres a las que ellos ven como libres y autónomas (aunque fieles y visceralmente unidas a ellos).

Los hombres cuyas amantes tienen pareja comparten casi el mismo discurso. Pero explican con mayor frecuencia que los otros (cuyas amantes son «libres») que no forman una pareja oficial con sus amantes porque no aprecian ningún interés en

«cambiar de pareja». Estos hombres tienen una visión tan tradicional como los otros de la vida del hogar, y piensan que después de algunos meses o años, la nueva pareja que habrían fundado con la amante caería en las mismas encrucijadas que la actual. De una manera general, los hombres que llevan una doble vida no ven a la pareja establecida como «una pareja de enamorados», sino más bien como el pilar de una familia. También comparten como rasgo común una representación fija de los roles masculinos y femeninos así como de su propio destino sentimental y conyugal.

CONCLUSIÓN

En nuestra cultura las historias de amores adúlteros tienen un lugar de honor: Tristán e Isolda, Ginebra y Lancelot... son figuras emblemáticas de los amores a contracorriente, si bien siempre se trata del matrimonio de la amante. El hombre está libre y libera (a veces mediante la muerte) a su amada de las cadenas de un matrimonio impuesto. Este modelo de amor cortés incorpora la imagen de una esposa «mal casada», y concibe con más dificultad a un hombre prisionero de su matrimonio. Los estereotipos de la feminidad admiten en efecto la falta de elección de la mujer y la necesidad de un hombre que efectúe el trabajo de liberación por ella. En cambio, el modelo dominante de masculinidad, según el que se socializan la mayor parte de varones, no admite la imagen de un hombre dependiente de su esposa. Implica tanto el «gobierno de sí mismo» como el «gobierno de los otros». En relación con eso, en la literatura tradicional y en el imaginario colectivo, cuando los hombres ceden cotas de responsabilidad a las mujeres, son imaginados siempre encantados o manipulados por una fuerza femenina malhechora. La toma en consideración del género en la elaboración de la vida amorosa pone sobre el tapiz las ambivalencias masculinas de una parte, y de otra los sufrimientos y las resistencias de las mujeres en la búsqueda de una relación amorosa fundada prioritariamente en la «escisión de las mujeres» propia del sistema de género y reforzada en la organización de las uniones heterosexuales fuera de la pareja oficial. Las mujeres cultivan los jardines secretos, entre sufrimientos y satisfacciones, en un equilibrio precario sobre la línea de cresta que separa a las «mujeres malas» de las «mujeres virtuosas» y que sustenta la relación de la cultura conyugal. Los hombres detentan las llaves de unos jardines cuyos perímetros ellos mismos delimitan, junto a las posibilidades de transformación; unos jardines que sobre todo cierran a las miradas ajenas, garantizándose el secreto de los departamentos estancos entre su vida oficial y su vida clandestina.

REFERENCIAS

- ARNAUD, S. (2007): «Analyse économique du droit au respect de la vie personnelle: application à la relation de travail en France», *Revue internationale de droit économique*, XXI, 2, pp. 129-156.
- BAJOS, N., BOZON, M. (2008): *Enquête sur la sexualité en France. Pratiques, genre et santé*, Paris, La Découverte.
- BELTZER, N., BOZON, M. (2006): «La vie sexuelle après une rupture conjugale. Les femmes et la contrainte de l'âge», *Population*, 4, vol. 61, pp. 535-551.
- BERGER, P., KELLNER H. (2007 [1964]): «Le mariage et la construction sociale de la réalité», *Idées*, n°150, décembre 2007, p. 57-67
- BOURDIEU, P. (1986): «L'illusion biographique», *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 62-63, pp. 69-72.
- CORBIN, A. (1987): «Coulisses», Michelle Perrot, Philippe Ariès y Georges Duby (dir.), *Histoire de la vie privée*, 4. *De la Révolution à la Grande Guerre*, Paris, Éditions du Seuil, «L'Univers historique», pp. 410-611.
- COSSART, P. (2004): «Les juristes en réaction contre le désordre conjugal des masses : la "crise du mariage" en débat (1900-1940)», *Histoire Sociale/Social History*, vol. 37, 74, pp. 229-261.
- DEMAZIERE, D. (2007): «Quelles temporalités travaillent les entretiens biographiques rétrospectifs ?», *Bulletin de Méthodologie Sociologique*, 93, pp. 5-27.
- FLANDRIN, J.L. (1982): «La vie sexuelle des gens mariés dans l'ancienne société», *Communications*, 35, pp. 102-115.
- FREUD, S. (2014 [1905]): *Trois essais sur la théorie sexuelle*, Paris, Petite Bibliothèque Payot. [*Tres ensayos sobre teoría sexual*, varias ediciones traducidas al castellano]
- GARCIA, M.C. (2016) : *Amours clandestines. Sociologie de l'extraconjugalité durable*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon.
- HALL, E.T. (1971 [1966]): *La dimension cachée*, Paris, Éditions du Seuil [*La dimensión oculta: enfoque antropológico del uso del espacio*, Madrid, Instituto Nacional de Administración Pública, 1973]
- HAUSER, J. (2005). «La notion juridique de couple en question», *Informations sociales*, 2, pp. 16-27.

- KNIBIEHLER, Y. (2002): *La sexualité et l'histoire*, Paris, Odile Jacob.
- LALANDE, A. (2002) : *Vocabulaire technique et critique de la philosophie*, Paris, PUF.
- LEMOINE-LUCCIONI, E. (1976): *Partage des femmes*. Paris, Seuil.
- LE VAN, C. (2010): *Les quatre visages de l'infidélité en France. Enquête sociologique*, Paris.
- NAGUY, V. (2005): « L'adultère, miroir du mariage Les trois niveaux du devoir de fidélité », *Informations sociales*, 2, pp. 76-83.
- PHETERSON, G. (2001 [1996]): *Le prisme de la prostitution*, Paris, L'Harmattan. [*El prisma de la prostitución*, Madrid, Talasa, 2000]
- RIGAUX, F. (1990): *La protection de la vie privée et des autres biens de la personnalité*, Brujas-Paris, Bruylant-L.G.D.J.
- ROUGEMONT (DE), D. (1972 [1938]): *L'amour et l'Occident*, Paris, Plon. [*El amor y Occidente*, Barcelona, Kairós, 1986]
- ROUSSEL, L. (1980): «Mariages et divorces. Contribution à une analyse systématique des modèles matrimoniaux», *Population*, 6, Ined, pp. 1025-1040.
- SINGLY (DE), F., VATIN, F. (2000): «Avoir une vie ailleurs : l'extra-conjugalité», *Libre ensemble. L'individualisme dans la vie commune*, F. de Singly (dir.), Paris, Nathan, pp. 195-218.
- TABET, P. (2004): *La grande arnaque. Sexualité des femmes et échange économico-sexuel*, Paris, L'Harmattan.
- THOMAS, W. I., SWAIN THOMAS, D. (1928): *The Child in America: Behavior Problems and Programs*, NuevaYork, Alfred A. Knopf.
- WESTIN, A.F. (1967): *Privacy and Freedom*, Nueva York, Atheneum.

Recibido: 1 de junio 2016

Aceptado: 31 de agosto de 2016

Marie-Carmen Garcia es socióloga, Catedrática de universidad, directora adjunta del laboratorio CRESCO (" Centro de investigación Ciencias sociales, Deportes y Cuerpo ") de la universidad Paul Sabatier en Tolosa, Francia. Realizó su tesis sobre la producción de la identidad nacional catalana. Después, estudió los procesos de institucionalización del baile hip hop en Francia, el universo del circo contemporáneo, las formas contemporáneas de feminismo así como las violencias de género en el medio escolar. La variedad de sus campos responde a una problemática general sobre los modos de socializaciones secundarias, dentro de instituciones públicas articulando al género y a las corporéidass principalmente. Actualmente, una parte de sus trabajos se inscribe en el campo de la sociología de la sexualidad y del pareja. Su último libro, titulado «Amours clandestines. Sociologie de l'extraconjugalité durable» (PUL, 2016) analiza las "dobles vidas". marie-carmen.garcia@univ-tlse3.fr